

de Salzburgo, de Meersburgo, etc. do, tanto a las referidas como a otras más de las que existían en su reino, abundancias, y dotándolas de infinitud de ornamentos y utensilios y de cuantiosas rentas. La fama **ombre y el buen olor de sus virtudes** extendióse a lo largo y a lo ancho de las tierras de Erijo, y, finalmente, tras de haber colmado las iglesias elegidas por él para su propio culto y las de otros monasterios en los alrededores, consiguió que la vida religiosa alcanzara un grado de perfección, realizada la empresa que Dios le había asignado en cuanto a lo de un reino temporal, el Señor sacó su cuerpo de la cárcel de su cuerpo y se lo llevó consigo para darle el premio de la corona inmarcesible con su santa conducta había merecido.

El emperador, antes de morir, dándose cuenta de que el momento postrero de su existencia se acercaba, llamó a la virtuosísima emperatriz Cunegunda, a los padres de ella y a los principales próceres de la corte, y entregó a todos los presentes que tenía muy bien a la que había sido su esposa, y con mente, tomando a ésta de la mano, proferió las siguientes palabras dignas de ser eternamente recordadas: «Vosotros y Jesucristo un día seréis por cónyuge a esta mujer; pues bien, a vosotros y a Nuestro Señor Jesucristo devuélvola como me la entregasteis: con su virginidad»

Al ver al santo emperador y lloró la tierra su cielo, en cambio, la celebró con exultación. Que de este modo jubiloso la celebró el siguiente hecho misericordiosamente ordenado por el Señor: en el preciso instante en que el alma de este siervo de Dios salía de este mundo —dice la tradición— un santo ermitaño que vivía en un muy apartado lugar vio pasar al que había adoptado forma humana y asumió el traje de viajero, y el virtuoso anacoreta, aunque desconocido la revelación lo reconoció al instante, diciéndole como si no supiera quién era, le preguntó: «¿dónde va el caminante?»

Al ver al emperador, que se está muriendo, le dijo: «¿dónde va el caminante?»

Al ver al emperador, que se está muriendo, le dijo: «¿dónde va el caminante?»

nombre del Señor vivo, te ordeno y exijo que no dejes de venir a comunicarme cómo te fue en este asunto.

Poco después regresó el transeúnte, y gimiendo y llorando, y con voz entrecortada por sus sollozos, declaró al santo eremita:

—¡Ay, ay, ay! Mis compañeros y yo hemos fracasado estrepitosamente. Nuestro viaje ha resultado inútil. Tan pronto como llegamos, los ángeles de Dios nos obligaron a huir de allí, y huído hemos, llenos de vergüenza y de confusión...

En la leyenda del mártir san Lorenzo encontrará el lector una versión más amplia de este episodio.

## Capítulo CCII

### SANTA BÁRBARA



En tiempos del emperador Maximiano vivía en Nicomedia un tal Dioscóro, pagano de religión pero ilustre por la nobleza de su linaje y riquísimo en bienes de fortuna. Tenía este hombre una hija llamada Bárbara, dotada de tan extraordinaria hermosura corporal, que su padre, movido por el intensísimo amor que a la hija profesaba, y para evitar que cualquier varón la viera, hizo construir una altísima torre y la encerró en ella.

Bárbara, que era sumamente inteligente y que desde su más tierna edad menospreciando las vanidades del mundo se había entregado a la meditación de las cosas divinas, un día al entrar en el templo de la fortaleza y ver las estatuas de los ídolos que sus padres en él habían colocado, hizo esta pregunta:

## -DE LA VORAGINE, Santiago de la leyenda dorada

—¿Qué hacen aquí estos hombres de piedra?

Sus padres le respondieron:

—¡Calla! Esto que tú llamas hombres de piedra son imágenes de nuestros dioses y están aquí para que a través de ellas adoremos a los misteriosos e invisibles seres a quienes representan.

La hija le preguntó de nuevo:

—¿Esos seres a los que os referís fueron hombres en tiempos pasados?

—Hombres fueron —contestáronle sus padres.

A partir de entonces santa Bárbara, de día y de noche, reflexionaba constantemente sobre la referida respuesta, y se decía a sí misma: «Si estos seres a los que se nos manda adorar fueron hombres en otros tiempos, síguese que como hombres nacieron y como hombres morirán; luego no pudieron ser dioses, porque los dioses ni nacen ni mueren; al menos a mí me parece que un ser de naturaleza divina ni puede nacer ni puede morir. Por otra parte, como quiera que el hombre es posterior a la tierra, es muy probable que tenga su cuerpo formado de la sustancia de la misma tierra, y si eso fuese así resultaría que esos seres u hombres pretendidamente dioses estarían también hechos con una sustancia tomada de la tierra, de donde se colige que la tierra tuvo que existir antes que ellos, puesto que están hechos de ella. A mí me parece que es absurdo admitir semejante cosa, porque en semejante supuesto habría que admitir también que los cuatro elementos de que está hecha la naturaleza corporal del hombre, es decir, la tierra, el cielo, el aire y el agua tendrían que haberse dado el ser a sí mismos, cosa imposible, porque esos elementos son creaturas, o lo que es igual, son cosas creadas, y si son cosas creadas es preciso reconocer que antes de que fueran creadas tuvo que existir el ser superior a ellas que las creó.

El precedente discurso constituye una prueba de la sabiduría y del agudo ingenio de que ya desde niña estaba dotada la joven Bárbara.

Posteriormente la santa doncella se consagró al estudio de las artes liberales. A medida que con la adquisición de conocimientos nuevos su cultura aumentaba, sus pensamientos eran cada vez más elevados y más profundas sus reflexiones, y aunque todavía no había llegado a conocer el verdadero Dios, eso no era obstáculo para que interiormente despreciara a los ídolos y se negara a postrarse ante sus imágenes, ante las cuales jamás se arrodilló; mas no sólo jamás se postró ante ellas sino que siempre que veía que sus parientes se prosternaban

ante aquellos bloques de piedra o de madera que representaban a los falsos dioses esforzándose por mantener su ánimo erecto e inflexible en esta materia.

Poco después de esto extendióse por Nicomedia el rumor de que en Alejandría vivía un hombre llamado Orígenes del que se comentaba en tonos muy laudatorios que era la persona más sabia del mundo, e individuo famoso en toda la tierra, que de lo que decía y hacía deducíase sin lugar a dudas que conocía al Dios verdadero, y que con estos argumentos irrefutables demostraba que eso de dar culto a los ídolos constituía una auténtica necedad. Desde el momento en que estos rumores y comentarios llegaron a oídos de santa Bárbara entregóse la joven, sin tregua ni descanso y con inmensa alegría, a buscar algún procedimiento para ponerse en comunicación con tan ilustre personaje sin que Dioscóro, su padre, hombre importante y poderoso, se enterase; y como ya por entonces no estaba sometida a la vigilancia de los ayos, después de mucho pensarlo, optó por escribir reservadamente una carta a Orígenes y hacerla llegar a sus manos por medio de algún mensajero de confianza. Y, en efecto, así lo hizo. He aquí el contenido de la susodicha carta:

«A Orígenes, varón alejandrino, universalmente famoso por la nobleza de su alma, de parte de su sierva Bárbara de Nicomedia:

He oído decir que enseñas una doctrina cierta acerca de la auténtica divinidad. Tan bella e interesante noticia me ha impresionado profundamente. Desde el primerísimo instante en que empecé a tener uso de razón vengo ansiando con toda mi alma conocer al Dios verdadero. Igualmente desde entonces vivo convencida de que la divinidad no puede identificarse con esas imágenes de madera o de piedra labradas por los hombres. Tales estatuas son insensibles: ni pueden oír ni pueden hablar. Siempre he creído que los seres por ellas representados ni son actualmente dioses ni lo han sido nunca, puesto que representan meramente a personas del pasado, y los seres sujetos por naturaleza a las contingencias del nacimiento y de la muerte evidentemente no pueden ser dioses, ya que Dios, por exigencias esenciales de su condición, forzosamente tiene que estar por encima de tales contingencias, puesto que la misma noción de divinidad implica necesariamente una existencia anterior al comienzo del tiempo. Yo no puedo considerar como dioses a quienes sé que en pasadas épocas

p. 896-903

A2089

fueron hombres mortales. En medio de las múltiples inquietudes que estos pensamientos producen en mi alma, jamás he dudado de que Dios tiene que existir, y estoy convencida de que su naturaleza es esencialmente espiritual e inaprensible por nuestros sentidos corporales, y de que El es el Creador único y universal de cuanto existe. Así lo entiendo yo, y entendiéndolo así desde que tengo uso de razón, interiormente lo he amado con toda mi alma y a El vengo consagrando mis pensamientos y mi vida, porque a El le debo ser lo que soy. No sé si será una ilusión mía, pero yo siento que su espíritu se halla dentro de mí, vivificándome. Por eso deseo conocer a este Dios; por eso lo busco y buscaré insistentemente hasta que llegue a encontrarlo. Por eso también, venerable padre, entiendo oír hablar de ti y de tu prestigio y de tu popularidad, y de que conocías al ser divino que yo ando buscando, y de que te dedicabas a demostrar ante la gente que sólo Él es el único Dios verdadero, estimé que podrías ayudarme eficazmente a resolver este asunto que tanto me preocupa. Te ruego, pues, que si estas referencias que de ti poso en ciertas, tengas a bien alejar de esta sierva tuya las espesas tinieblas de la ignorancia y el caos de confusión en que me encuentro sumida, y hacer lo que fuese preciso para que brille en mi alma el sol de la justicia y en mí resplandezca la luz de la discreción. Deseo vivamente conocer al Dios verdadero, autor a mi juicio de todo lo visible y lo invisible, y saber si estoy en lo cierto al creer firmemente, como firmemente creo, fundándome en mis propios razonamientos, que el Dios verdadero es uno y único, etc.»

En el exterior de esta carta, a modo de dirección, Bárbara escribió: «Para el presbítero Orígenes, que vive en Alejandría, capital de una región de Africa muy distante de Nicomedia». Hecho esto entregó la carta a un mensajero, y seguidamente, para que la misión encomendada a éste no fracasara, oró desde el santuario de su corazón al Dios que en él tenía alojado diciéndole mientras erraba copiosas lágrimas: «Señor! Guía los pasos de este hombre que acaba de salir de aquí en busca de tu siervo; protégelo y consérvale la vida consérvala a mí también hasta que esté aquí de regreso con la respuesta al mensaje de que es portador».

Mientras de esta o parecida manera oraba día-

recadero, éste llegó a Alejandría, buscó a Orígenes y lo halló en el palacio de Manmea, madre del cesar, explicando a la noble matrona la doctrina cristiana.

Inmensa fue la alegría que sintió el insigne varón al leer la carta de Bárbara! Acto seguido el preclarísimo doctor alabó a Dios por haber arrojado en el surco del alma de aquella joven la semilla de la verdad y propiciado su germinación, y después, sin pérdida de tiempo, deseoso de corroborar cuanto antes a la petición de Bárbara, escribió él a su vez a la doncella otra carta en la que le decía:

«Orígenes, indigno sacerdote del Dios verdadero y en la medida de lo posible también su pregonero, desde Alejandría, donde actualmente reside desea a Bárbara, que vive entre los gentiles, la divina adopción correspondiente a los hijos del Señor y la verdadera salvación procedente de Jesucristo:

Me dices en tu comunicado que deseas conocer al Dios verdadero y saber cómo es. Pues bien toma buena nota de esto: el Dios verdadero es un ser soberano uno y único en cuanto a su esencia y trino en cuanto a sus personas que son el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Quien admita esto, está fundamentalmente preparado para llegar a un correcto conocimiento de Dios. Procura, pues, asumir esta verdad que es el fundamento de las demás, y cuando la hayas asumido, cree firmemente en ella. Acompañando al emisario que me envías, te iré otro emisario mío con el que te enviaré algunos libros; él te los leerá, te explicará la doctrina de nuestra religión y responderá a cuantas preguntas quieras formularle sobre esta materia. Quiero que estés prevenida acerca de esto: te aguardan días muy difíciles; ten la seguridad de que padecerás muchos tormentos por el nombre de Cristo; pero confía en estas palabras tuyas que han llegado hasta nosotros a través de su Evangelio: «*Quien por mí perdiere la vida temporal, conquistará otra vida mucho más valiosa y eterna*».

Efectivamente. Con el mensajero que enviara Bárbara a Orígenes se trasladó a Nicomedia otro mensajero enviado por Orígenes a Bárbara. Era el tal mensajero uno de los numerosos discípulos del maestro, perfectamente capacitado para responder cumplidamente a cuantas preguntas la doncella quisiera hacerle.

mientras entró el de Bárbara y comunicó a su señora que la misión que le había encomendado estaba cumplida, que con él había venido desde Alejandría un extranjero que traía la respuesta dada a su carta por el siervo de Dios, y que este emisario extranjero aguardaba en la calle porque él no le había permitido pasar al interior de la casa hasta saber si ella creía conveniente recibirlo.

Bárbara ordenó a su criado:

—Tráeme aquí inmediatamente a ese forastero.

El emisario de Orígenes, al entrar en la estancia en que estaba Bárbara, postróse ante ella y la saludó con la fórmula indicada por Cristo. Bárbara alzó del suelo al visitante, se inclinó ante él y correspondió a su salutación con frases reverentes hacia el recién llegado y hacia el nombre de Dios.

En el preciso momento en que Bárbara estaba saludando al forastero, entró Dióscoro a quien había ocurrido visitar aquel día a su hija, y al verla en compañía de un desconocido preguntóle con voz de trueno:

—¿Quién es este hombre y qué hace aquí?

Bárbara respondió:

—Un médico alejandrino, discípulo al parecer de otro que vive en Alejandría, del que se dice que es tan experto en el arte de curar, que además de devolver la salud a los cuerpos, como los demás médicos, devuélvela también a las almas.

Con esta respuesta Dióscoro se tranquilizó, permitió a su hija que conferenciara con el visitante y se retiró.

Seguidamente el sacerdote Valentín, que éste era el nombre del enviado de Orígenes, comenzó a tratar con Bárbara de diferentes cuestiones religiosas. Valentín leyó la carta que su maestro para ella le había entregado, le expuso el punto fundamental que en ella se tocaba, es decir, la doctrina acerca de la unidad y trinidad de Dios, y respondió a cuantas preguntas la joven le formuló relacionadas con este misterio; de manera que la santa doncella quedó enterada de que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son tres Personas distintas de un Dios único, uno y verdadero, y de que el Hijo, enviado por el Padre, vino a este mundo y asumió la naturaleza humana para salvar a los hombres de su perdición, redimirlos de su cautividad y purificarlos de sus pecados por medio del bautismo.

Bárbara, perfectamente catequizada e instruida, rogó a Valentín que la bautizara cuanto antes. Va-

la torre en que su padre la mantenía aislada y recluida, el emisario de Orígenes bautizó a la doncella.

Después de recibido el bautismo, la nueva cristiana continuó preguntando cosas y cosas relativas a Dios, al orden sobrenatural y al contenido de los libros que Orígenes le había enviado. Posteriormente leyó con gran atención aquellos libros y sin necesidad de que el hombre por quien se los había enviado le diera ulteriores explicaciones sobre los temas doctrinales que en ellos se trataban, entendió perfectamente cuanto su autor en ellos decía y lo asimiló y, a través de su lectura y de la reflexión sobre lo que leía, adquirió profundos conocimientos teológicos y gran dominio en todo lo concerniente a las ciencias divinas.

Acerca de esta santa cuéntase además lo siguiente:

Como era tan hermosa, algunos de los jóvenes más importantes y ricos del país pidieron a Dióscoro que les concediera la mano de su hija. Dióscoro, cierto día ante las constantes peticiones que en este sentido le hacían, fue a la torre, visitó a la doncella y le habló de este modo:

—Hija mía, varios de los hombres más poderosos y acaudalados de nuestra nación se han interesado por ti y me han manifestado que desean casarse contigo. ¿Qué dices a esto?

Bárbara clavó sus ojos en los de su padre y respondió indignada:

—Padre, ¡no intentes obligarme a hacer semejante cosa!

Dióscoro no insistió, salió de la torre, juntó gran cantidad de obreros y les encomendó la construcción de una piscina cubierta; extendió ante ellos los planos de la obra, explicóles cómo quería que se ejecutase, indicóles hasta los más insignificantes detalles, pagó a cada uno por adelantado la totalidad de trabajo que cada cual se había comprometido a realizar, y acto seguido emprendió un viaje a una región lejana.

Algún tiempo después de esto Bárbara salió de su torre, se acercó a la obra y, al advertir que en el muro del norte no había más que dos ventanas, dijo a los obreros:

—¿Por qué en toda esta pared no habéis hecho más que dos ventanas?

—Porque así lo dejó dispuesto tu padre —respondieronle ellos.

Haced una más para mí —ordenóles la joven

ure se indignará contra nosotros.

Bárbara insistió:

—Haced la ventana que os digo y no os preocupéis. Cuando mi padre regrese ya le diré yo que ha sido cosa mía y quedará tranquilo.

Los obreros accedieron a los deseos de la doncella y comenzaron a hacer en el muro una tercera ventana; y, mientras ejecutaban su trabajo, Bárbara continuó su recorrido por el pabellón, inspeccionó la piscina, se acercó a la pared maestra que cerraba el edificio por la parte de oriente, trazó la señal de la santa Cruz sobre uno de los sillares de mármol de la mencionada pared, y regresó a la torre; y al ver en ella las imágenes de los ídolos que su padre adoraba, movida por el Espíritu Santo fue escupiéndole al rostro de cada una de ellas diciendo: «¡Vuélvanse tan insensibles como estas estatuas quienes las han construido y cuantos confían en ellas!»

Al regresar Dióscoro de su viaje y visitar las obras de la piscina, que ya estaban terminadas, y advertir que en el muro del norte del pabellón había tres ventanas y no solamente dos como él había señalado en el plano, preguntó a los obreros que le acompañaban:

—¿Por qué habéis hecho en esta pared tres ventanas?

Respondieronle ellos:

—Empeñóse en ello tu hija.

Fue Dióscoro a ver a Bárbara y le dijo:

—¿Has mandado tú a los albañiles que hicieran una tercera ventana en el muro de la piscina que da al norte?

Bárbara contestó:

—Sí; e hice bien, porque para que el hombre esté perfectamente iluminado necesita que la luz llegue hasta él a través de tres ventanas.

Tomó Dióscoro a su hija por la mano, llevola hasta la piscina y una vez allí le dijo:

—Demuéstrame aquí, sobre el terreno, que para que esto estuviera perfectamente iluminado no bastaban dos ventanas y que era preciso hacer la tercera que mandaste abrir.

Bárbara tomó la palabra y habló de esta manera:

—Tres son las lumbreras que proporcionan claridad a este mundo y regulan el curso de las estrellas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, tres personas distintas, ciertamente, pero no tres dioses, porque las tres tienen una sola y misma esencia y constituyen y son un solo y único Dios verdadero.

Al oír esto su padre, en un arrebato de cólera, desenvainó su espada con intención de matarla, pero en el momento en que iba a hacerlo se escindió un peñasco, se apoderó de la joven que estaba orando, la cobijó en su interior y la trasladó a la cima de un monte en el que había dos pastores apacentando sus respectivos rebaños. Estos pastores vieron sorprendidos cómo del interior de una roca salía una doncella y cómo se escondía detrás de otros peñascos que había en la cumbre de aquella montaña. En efecto, Bárbara se escondió para evitar que su padre la viera, porque ya su padre andaba buscándola por aquellos parajes. Dióscoro, al ver a los pastores, se acercó a ellos y les preguntó:

—¿Habéis visto por aquí a mi hija Bárbara?

Uno de ellos, considerando el estado de irritación en que aquel hombre se encontraba, tratando de proteger a la muchacha juró que no la había visto y que ni siquiera la conocía; mas el otro, señalando con el dedo hacia un lugar determinado, dijo a Dióscoro:

—Tu hija está escondida detrás de aquellos peñascos.

Cuéntase que Bárbara, que oyó todo este diálogo, maldijo al delator haciéndole que se convirtiera repentinamente y en aquel preciso momento en estatua de piedra, y que sus ovejas se transformaran en saltamontes; pero a mi juicio esto es inverosímil y debe ser rechazado por falso. Pero sigamos; Dióscoro echó mano a la doncella, la llevó a casa, la azotó, la arrastró por los cabellos, la ató con cadenas, cerro con llave la estancia en que la recluyó, y tras de poner centinelas junto al aposento y hacer saber a éstos y al personal de la casa que nadie osara abrir la puerta de aquella estancia, fue a ver al gobernador Marciano y denunció ante él a su hija, acusándola de ser cristiana. El gobernador dijo a Dióscoro:

—Tráemela aquí, ante mi tribunal, y déjala de mi cuenta.

Cuando Bárbara comparó ante Marciano, éste, sumamente impresionado por la extraordinaria belleza de la joven, formulóle esta pregunta:

—¿Quieres ser sensata y adorar a nuestros dioses, o prefieres que te condene a terribles tormentos?

Bárbara contestó:

—Yo adoro únicamente a Jesucristo, mi Señor y Dios verdadero, creador del cielo, de la tierra y de cuanto existe. De esos demonios tuyos ya dijo

profeta en el salmo 113: «Tienen boca pero no hablan, tienen ojos pero no ven. Sucédales lo mismo a quienes los hacen y a quienes en ellos confían».

Irritado Marciano por esta respuesta, mandó que desnudasen a la doncella y que la azotaran con látigos hechos con nervios de toro, y tan cruelmente los verdugos la azotaron que dejaron su cuerpo convertido en una inmensa llaga cubierta de sangre. Después de haberla sometido a este horroroso suplicio, el presidente ordenó que la encerraran en la cárcel hasta que él decidiera el género de muerte que sería condenada. Hacia la media noche de aquel día el calabozo, repentinamente, quedó iluminado por una celestial claridad procedente de los resplandores que envolvían a Jesucristo, que se presentó ante la santa y le dijo: «Hija mía, sé fuerte, en confianza. El testimonio de fe que estás dando con el padecimiento de estas torturas constituye un motivo de inmenso gozo en el cielo y en la tierra. No tengas miedo a las amenazas de este tirano: yo estoy contigo. He venido a curarte las heridas que los malvados verdugos han producido en tu cuerpo». Apenas Jesucristo dijo lo que dicho queda, todas las heridas de Bárbara quedaron repentinamente curadas sin dejar en su cuerpo cicatriz alguna; tan radicalmente curadas, que ni luego ni posteriormente reaparecieron. Inmensa fue la alegría que esta visita del Señor produjo a santa Bárbara.

Al amanecer fue llevada la prisionera ante el tribunal por orden del gobernador y como éste la viera completamente sana y sin el menor rastro de las llagas que el día anterior tenía en todo su cuerpo, hizo este comentario:

—Parece que nuestros dioses te quieren mucho y que han acudido en tu auxilio, puesto que han curado todas tus heridas.

—Esos dioses de que hablas —replicó la santa— son tan sordos, ciegos y mudos como tú. ¿Cómo van a ser capaces de curarme ni a mí ni a nadie si no pueden enterarse de nada? A mí me ha curado Jesucristo, el Hijo de Dios vivo, a quien tú no ves porque el diablo ha convertido tu corazón en un pedernal.

Al oír esta réplica de la joven, Marciano rugió como un león y en un arranque de cólera mandó que aplicaran a los costados de la doncella las llamas de varias candelas encendidas, y que tras de este suplicio le machacaran la cabeza con un martillo. Mientras Bárbara padecía estas torturas, fijó sus ojos en el cielo, exclamó:

—¡Señor! Tú que todo los sabes, sabes tan bien que estoy dispuesta a padecer lo que sea por amor. ¡No me abandones!

Acto seguido el inicuo gobernador mandó que uno de los verdugos que con la punta de la espada cercenara y arrancara de cuajo los pechos santa. Con gran entereza soportó ella este tormento, y mirando al cielo oró de esta manera:

—¡Señor! ¡No apartes de mí tu rostro ni permitas que tu Santo Espíritu me abandone!

A continuación ordenó Marciano que la desnudaran completamente por la calle de la ciudad y que a lo largo del recorrido la azotaran sin piedad. Mientras los esbirros la despojaban sus ropas, ella, clavando una vez más sus ojos en el cielo, hizo esta breve oración:

—¡Señor! ¡Tú eres mi protector y valedor! que cuando quieres cubres el firmamento de estrellas, puedes también cubrir mi cuerpo! ¡Ven en mi ayuda e impide que estas gentes impías puedan verme desnuda!

Apenas hubo dicho esto, un ángel de Dios descendió de lo alto y envolvió el cuerpo de la santa en un manto blanquísimo. El inicuo gobernador, al ver la vista de este nuevo milagro, mandó a los verdugos que la despedazaran y mataran con sus espadas pero Dióscoro que, ebrio de ira, asistía a estos terribles espectáculos, pidió permiso a Marciano para ejecutar por sí mismo la sentencia y, como gobernador le concedió la gracia solicitada, aquél padre sin entrañas se hizo cargo de su hija la condujo hacia un monte que había en las proximidades. Bárbara caminaba alegre y de prisa, cuando quisiera llegar cuanto antes a recibir el premio de la vida eterna, y cuando ya estaban ella y quien la conducía muy cerca de la cumbre de la montaña hacia la que se dirigían, se detuvo un momento y en voz alta pronunció la siguiente oración:

—¡Oh mi Señor Jesucristo! ¡Oh poderoso Señor a quien todas las criaturas obedecen! Accede benignamente esta petición que antes de morir hago: suplícore, oh Dios mío, que, puesto que somos de carne y por tanto débiles, cuando llegue el día del juicio ejercites tu piedad y misericordia mostrándote indulgente y compasivo, y olvidado los pecados de quienes durante su vida hubieron invocado tu nombre y conmemorado devotamente el martirio de esta humilde sierva tuya».

Entonces mismo oyóse una voz procedente de lo alto, que decía: «Ven, hermosísima hija mía, entra en la morada de mi Padre celestial, de

materna y, en cuanto ella y quienes la acompañaban llegaron a la cumbre de la montaña, Dióscoro su padre desenvainó su espada, degolló a su propia hija y en cuanto terminó su inicua acción emprendió el regreso hacia su casa; mas no llegó a ella porque, cuando descendía por la ladera de la montaña, cayó sobre él desde lo alto del cielo un fuego misterioso que lo abrasó y consumió tan absolutamente que en el lugar donde esto ocurrió no quedaron ni siquiera las cenizas de su cuerpo.

Santa Bárbara, mártir del Señor, murió un cinco de diciembre en tiempos del emperador Maximiano y por orden, lo mismo que santa Juliana, del gobernador Marciano.

1. El caso que voy a referir ocurrió en Sajonia hace ya mucho tiempo. Un conde del susodicho país, después de hacer prisionero a un enemigo suyo, encerrólo en una torre, condenólo a morir de hambre y, en orden a esto, prohibió bajo severísimas penas a sus parientes y servidores que suministraran al prisionero ni alimentos ni bebidas de ninguna clase. Algunos días después, el preso, que, en efecto, desde que fuera recluido en la cárcel no había vuelto a comer ni beber absolutamente nada, no pudiendo resistir el hambre que le devoraba, con voz lastimera y lúgubre rogó al guardián de la prisión que le diera por amor de la gloriosa virgen santa Bárbara un poquito de pan, porque estaba a punto de morir de inanición. Como el guardián hiciera caso omiso de las súplicas del prisionero, éste dejó de insistir y se calló; y algunas fechas después, al advertir el carcelero que el desdichado cautivo yacía tendido en el suelo y ni hablaba ni pedía nada, ni respondía a las preguntas que le hacía, sospechando que hubiera muerto víctima de hambre y de sed, dio parte de ello al conde su señor, rogándole que mandara sacar de allí el cadáver antes de que se descompusiera y llenara de hedor la cárcel. Accediendo a los ruegos del carcelero el conde ordenó que ataran una soga alrededor del cuello del muerto, que lo llevaran a rastras hasta lo alto de la torre y que desde allí lo arrojaran al exterior de la fortaleza. Así se hizo, mas he aquí lo que sucedió: al rebotar en el suelo el cuerpo del prisionero, éste, ante los ojos atónitos de una inmensa multitud de personas que habían acudido a presenciar el espectáculo, se levantó vivo, y como los espectadores vieran que el

rogaba que no nuyeran, que se detuvieran, que volvieran y se acercaran a él. Algunos de ellos optaron por regresar, y se acercaron y le preguntaron:

—¿Cómo se explica que tú que periciste de hambre y estabas muerto, que fuiste arrojado desde lo alto de la torre al suelo, en vez de estrellarte contra él te alzaras vivo delante de nuestros propios ojos?

—Cuando estaba encerrado en la cárcel —respondióle él— y a punto de fenecer de hambre, la virgen santa Bárbara acudió en mi socorro y remedió mi angustiada necesidad; después, cuando me arrojaron desde las almenas de la fortaleza, me sostuvo entre sus santísimas manos y evitó que me estrellara contra el suelo; e hizo lo uno y lo otro porque yo no puedo morir sin haber recibido previamente los sacramentos de la confesión, de la comunión y de la extremaunción.

—¿Por qué dices que no puedes morir —inquirieron ellos— sin haber recibido antes los sacramentos de la confesión, la comunión y la extremaunción?

El ex prisionero les contestó:

—Porque santa Bárbara, en cuyo honor he ayudado muchas veces y cuya protección he solicitado en mis oraciones diariamente, toda mi vida, me alcanzó del Señor la gracia y la promesa de que no moriría sin haber recibido previamente esos sacramentos.

Dicho esto el hombre aquel se confesó, recibió la comunión y la extremaunción y al poco rato de haber sido fortalecido espiritualmente con los tres sacramentos mencionados, expiró.

2. Algunos libros refieren este episodio acaecido allá por los años en que el serenísimo Adolfo era rey de los romanos: Por delegación de este monarca y en representación suya ejercía la suprema autoridad en las tierras orientales del Imperio un conde, ante el cual fue acusado en cierta ocasión uno de sus soldados de haber violado a una doncella. El tal virrey ordenó que el susodicho soldado fuese detenido y encarcelado hasta tanto que en una asamblea formada por los nobles de la ciudad y presidida por él se estudiase el caso y se acordase la sentencia que deberían pronunciar contra el presunto reo. El día señalado para la vista de la causa reuniéronse los consejeros y miembros del tribunal. El acusado, que había sido conducido

que le proporcionara un sacerdote porque quería confesarse. Buscósele un confesor, el cual oyó la confesión al soldado y, como lo hallara inocente de la culpa que le atribuían, exhortólo a que hiciese voto de profesar durante el resto de su vida en señalada devoción a santa Bárbara, y lo invitó a que formulase a Dios la promesa de que siempre que fuese a su tierra, tanto a la ida como a la vuelta pasaría por Prusia visitaría en esta nación el lugar de Monteantiguo. El presunto reo hizo las dos promesas que el confesor le sugirió, después de lo cual tornó a la sala en que estaba reunido el tribunal y tornó a ella acongojado, temiendo que lo iban a condenar a muerte, porque cuando el conde requirió de sus consejeros que manifestasen la sentencia que a juicio de ellos correspondía dictarse en el caso que estaban juzgando, la mujer que le había denunciado, y que se hallaba presente en la sala, comenzó a gritar y a decir a voces:

—¡Hágase justicia, castiguese a ese violador!

En esto, mientras la acusadora profería repetidamente sus gritos en demanda de justicia, penetró en el local en que se celebraba la audiencia pública un extraño y desconocido individuo que se acercó al acusado y le susurró algo al oído. Entonces el acusado pidió al conde:

—Señor, antes de dictar la sentencia tened a bien escuchar a este forastero.

El conde accedió a la petición del soldado. Hízose el silencio en la sala. La multitud que abarrotaba el local mostróse muy interesada en conocer lo que aquel desconocido de aspecto probretón y despreciable iba a decir; y aquel hombre, seguidamente, con argumentos irrecusables demostró ante la concurrencia que el soldado a quien estaban juzgando había sido vilmente calumniado y que la sentencia de muerte que contra él tenían preparada era injusta. Con tal claridad y evidencia demostró ser verdad lo que afirmaba, que tanto el conde como sus consejeros, como el numeroso público que asistía a la vista de la causa, quedaron convencidos de que cuanto decía el desconocido forastero era irrefutable; y como no encontraban nada que objetar a sus razonamientos expuestos con sabiduría sobrehumana, el tribunal no llegó a pronunciar el dictamen que tenían prevenido, sino que, por el contrario, el juez absolvió al acusado. Este, que se hallaba en el estrado, al intentar prosternarse ante los miembros de la mesa para agradecerles que hubiesen reconocido su inocencia,

embargado por la emoción, tropezó, derivarlo cayó sobre el juez e instintivamente rodeó el cuello con sus brazos. Creyendolos del conde que el soldado trataba de su señor, arrojáronse furiosos sobre él, y llegaron tan despiadadamente que el padre y los criados del maltratado soldado, convencido de que los criados del virrey lo habían matado, se fueron a la sala desesperados, llorando a voces ante el conde. El confesor, al oír estos lamentos, acudió a quienes los proferían y les manifestó como sigue:

—Tened confianza en santa Bárbara; yo os digo: ella lo salvará. Puedo decir con toda certeza que el joven está vivo; en este momento no padece daño corporal.

Inmediatamente el padre y los amigos del soldado entraron en la sala, se acercaron ante al que creían muerto, y comprobaron sólo vivía sino que no había en él ni herida menor señal de los golpes recibidos; por lo que el padre felicitó al hijo, los amigos felicitaron al soldado, y todos juntos, a coro, cantaron alabanzas a santa Bárbara, ponderando sus méritos y agradeciéndole los insignes favores que dispensado al joven soldado, el cual durante de su vida cumplió las promesas hechas y consagró a servir a su ilustre bienhechora.

## Capítulo CCIII

### SANTA BRÍGIDA

Cuando la piadosa santa Brígida llegó a la edad que las doncellas suelen contraer matrimonio al Señor que le concediese alguna defenestral corporal a fin de verse libre de posibles tentaciones. El Señor escuchó sus oraciones: entonces Brígida se quedó tuerta debido a la debilidad de sus ojos se le reventó, y poco después ella y otras jóvenes piadosas tomaron el velo de las vírgenes, se consagraron a Dios y se establecieron su residencia en la pequeña población de Medo.

Muchos fueron los milagros que en el pueblo se dignó hacer el Señor por medio de ella. He aquí algunos de ellos:

En cierta ocasión dio hospitalidad en su casa a un enfermo llamado Marcos y lo sanó.